

TERESA DE JESÚS: BIOGRAFÍA INTELECTUAL Y EXPERIENCIA MÍSTICA

POR

JUAN ANTONIO MARCOS¹

Universidad Pontificia Comillas

RESUMEN

Las fuentes y lecturas teresianas, así como su diálogo con los letrados de la época, nos permiten llevar a cabo un recorrido por los aspectos claves de su biografía intelectual, en conexión siempre con su experiencia mística, las mentalidades de la época y su psicología personal. Para ello nos acercaremos a Teresa como mujer, como lectora voraz y escritora profesional. Y especialmente a su peculiar estilo literario, siempre libre, y que no se somete a las normas; su original proceso creador y la modernidad del diálogo que establece entre las palabras y las cosas (*Verba et Res*). De tal manera que la obra global de la narradora abulense está construida en una suerte de recirculación transitiva entre lenguaje, experiencia mística y vida cotidiana. Señalaremos a este respecto los sorprendentes paralelismos y confluencias con Cervantes.

PALABRAS CLAVE: Teresa de Jesús; estilo; lenguaje; proceso creador; vida cotidiana; experiencia mística; Cervantes.

TERESA DE JESÚS: INTELLECTUAL BIOGRAPHY AND MYSTICAL EXPERIENCE

ABSTRACT

The Teresian sources and readings, as well as his dialogue with the theologians of her time, allow us to carry out a journey through the key aspects of his intellectual biography, always in connection with his mystical experience, mentalities of the time and her personal psychology. In this way, we will approach Teresa as a woman, as a voracious reader and a professional writer. And especially to her peculiar literary style, always free, and not subject to the rules; her original creative process and the modernity of the dialogue that she establishes between words and things (*Verba et Res*). In fact, the global work of Teresa of Avila is built in a kind of transitive recirculation between language, mystical experience and everyday life. We will point out in this regard the surprising parallels and confluences of her with Cervantes.

KEY WORDS: Teresa de Jesús; style; language; creative process; daily life; mystical experience; Cervantes.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / CITATION: Marcos, Juan Antonio. 2022. «Teresa de Jesús: biografía intelectual y experiencia mística». *Hispania Sacra* LXXIV, 150: 475-481. <https://doi.org/10.3989/hs.2022.33>

Recibido/Received 14-03-2021
Aceptado/Accepted 01-09-2021

Santa Teresa empezó tarde a escribir. Las carencias de una formación académica las suplió, y con creces, leyendo y escuchando, conversando y dialogando. Solo tras largos y dilatados años de profundas experiencias, se decidió a tomar la pluma, cuando ya rondaba los cincuenta años. Desde entonces, a comienzos de la década de 1560, se convertiría en una escritora profesional, es decir, en escritora por hábito y costumbre, y no en una mera aficionada que escribe ocasionalmente. Hasta tal punto que se ha podido afirmar que «la oscilante historia de la mujer ante la letra escrita

tiene entre nosotros su mejor biógrafo, crítico y novelista en la prosa de Teresa de Jesús» (Martín Gaité 1992, 61).

Vamos a llevar a cabo un viaje por la biografía intelectual (Barrera 2015; Borghesi 2018; Valero 2017) y espiritual de Teresa como lectora, como escritora y como mística. Pero siendo conscientes de que Teresa está lejos de ser una intelectual pura. Más bien es bastante impura. Y un tanto *sui generis*, en el sentido que da a esta palabra el DRAE: «De un género o especie muy singular y excepcional». Disfrutaba leyendo y escribiendo, pero no se pasó la vida entre libros. Aunque sí es cierto que escritura y mística van de la mano en Teresa, con una continua recirculación entre lenguaje y

¹ jamarcos@comillas.edu / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-4597-2316>

experiencia mística. Hasta el punto de que se podría afirmar que para Teresa escribir fue una forma de orar.

Nuestra intención es ofrecer algo así como una introducción al pensamiento de Teresa, destacando lo que es más significativo y relevante en la trayectoria de esta mujer. Una introducción que permita ofrecer una clave fundamental para acceder a su obra y sus desarrollos. Para ello nos acercaremos a la inmanencia de sus escritos, pero sin olvidar los condicionantes y desafíos del tiempo en que le tocó vivir. Teniendo en cuenta que Teresa fue, además, una mujer atenta a los problemas de su tiempo. En este sentido se puede afirmar que Teresa fue una intelectual comprometida.

Veremos que todo en esta mujer, vida y escritura, permanece interconectado. Su experiencia mística es inseparable de su vida cotidiana, pero también de su estilo literario. Vamos a tener muy en cuenta otro aspecto que, puntualmente, ha sido señalado por algunos estudiosos, pero no siempre de manera sistemática. Nos referimos a los puntos de encuentro entre Cervantes y Teresa como escritores: conexiones, confluencias y posibles influencias de la Teresa escritora sobre el Cervantes autor del *Quijote*.

1. ADICTA A LA LECTURA Y A LA ESCRITURA

«El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho» (*Quijote*, II: cap. 25):² detrás de estas palabras del *Quijote* se esconde la biografía implícita de Cervantes. Y son también una síntesis admirable de lo que fue la biografía explícita de Teresa, lectora empedernida y andariega por los paisajes del suelo y por los paisajes de ese cielo que tenemos «dentro de nosotros» (CE 50,1).³ Cervantes fue un viajero infatigable por razón de sus obligaciones profesionales (era funcionario real). Antes estuvieron Italia, Lepanto, Argel: Cervantes siempre estuvo en camino. Quizás no sea casualidad después de todo que el héroe principal de su obra sea un caballero errante, metamorfosis cómica de sus propias andanzas (García López 2015, 133 y 135).⁴ Teresa, por su labor fundacional, fue también una andariega infatigable.

¿Leyó Cervantes a santa Teresa? Es difícil responder a esta pregunta. «¿Quién sabe si no sufrió esta influencia Cervantes, una de cuyas hermanas [Luisa de Belén] entrará en el Carmelo [de Alcalá de Henares]?» (Canavaggio 1992, 50), afirma Jean Canavaggio en una de las biografías más célebres de Cervantes. Además, en 1614 escribió un poema con ocasión de la beatificación de la Santa (que ya lo era sin serlo oficialmente, lo de «santa»). Es el poema que comienza: «Virgen fecunda, madre venturosa», donde la parte central se consagra a cantar el tema que exigían las circunstancias:

² Citamos siguiendo la edición crítica dirigida por Francisco Rico (1998).

³ Citamos siempre, siguiendo la edición de las *Obras completas* (Teresa de Jesús 2016), y según las siglas que ya se han hecho convencionales: C=Camino de Perfección; CE=Camino de Perfección, autógrafo de El Escorial; CV=Camino de Perfección, autógrafo de Valladolid; CC=Cuentas de Conciencia; Cst= Constituciones; Cta=Carta; D=Desafío Espiritual; E=Exclamaciones; F=Fundaciones; M=Moradas; 1M, 2M, 3M, 4M, 5M, 6M y 7M=primeras moradas, segundas moradas, etc; MC=Meditaciones sobre los Cantares; P=Poesías; V=Libro de la Vida; VD=Visita de descalzas; Vej=Vejamen.

⁴ La biografía sobre Cervantes de García López (2015) nos ha resultado inspiradora para sistematizar algunas de las confluencias y puntos de encuentro entre Teresa y el autor del *Quijote*.

«que poco a poco subes / sobre las densas nubes / de la suerte mortal, y así levantas / tu cuerpo al cielo sin fijar las plantas, / que ligero tras sí el alma le lleva / a las regiones santas / con nueva suspensión, con virtud nueva». Ciertamente no es de los poemas más afortunados de don Miguel. Pero ahí está.

La hispanista italiana Rosa Rossi reconocía que no es afirmación tan aventurera la idea de «que Cervantes tal vez leyó las obras de Teresa de Jesús, publicadas por Luis de León en 1588» (Rossi 2000, 106) (Cervantes moría en 1616). Y la catedrática de la Universidad de Zaragoza y gran erudita Aurora Egido, buena conocedora de los místicos castellanos, afirmaba de manera explícita sobre la biografía teresiana: «Después de San Agustín, cuyas *Confesiones* ella [Teresa] tenía y llegó a comentar, va a ser el gran hito de esa ficción que consiste en contar en primera persona. *El libro de la vida* es el más moderno y avanzado en ese sentido y de él Cervantes aprendió muchísimo» (Egido 2014).

Si Cervantes fue un «creyente hasta la médula» (García López 2015, 12), Teresa, fue eso y algo más: vivió como pocas personas la pasión por Dios y por la vida. Ambos fueron espíritus abiertos y libres, enemigos de prejuicios, aunque respetuosos con el dogma y el culto. Ella se formó lejos del polvo de las bibliotecas, en la escuela de la vida y de la enfermedad continua, en los claustros del convento. Cervantes hizo lo propio, y tampoco estudió en ningún claustro universitario, como no lo hizo la Santa de Ávila.

Nosotros queremos ahora pensar su vida como itinerario intelectual (de «intus-legere», con lo que conlleva de «leer hacia dentro, hacia lo profundo»). Un itinerario extraordinariamente arraigado en lo cotidiano («entre los pucheros anda el Señor» [F 5,8]), con los pies siempre en el suelo (a pesar de sus experiencias místicas del cielo). Es decir, lo que pretendemos es vislumbrar su obra en el horizonte que le corresponde: toda una recreación de la lengua castellana, pero no menos de la mística cristiana. Y todo ello llevado a cabo por una mujer libre, y con una capacidad introspectiva quizás sin igual en toda la historia de la literatura espiritual cristiana.

En un artículo escrito con ocasión del cuarto centenario de la muerte de santa Teresa y sobre su vocación literaria, Márquez Villanueva (1983) ponía de relieve algunas de las constantes más espectaculares del discurso teresiano, liberándolo del secuestro al que lo tenían sometido *espirituales* y *letrados*, apuntando sin pudor alguno a realidades tales como el hecho de ser una adicta a la lectura y a la escritura, así como a sus estrategias retóricas⁵ y sus novedosas preocupaciones por el proceso creador.

Y es que hubo una época que se ocupó de inventar una piadosa «hagiografía» en torno a la Santa de Ávila (Egido 1981). Una época que buscó ocultar sus orígenes judíos, o bien presentarla como un «ingenio lego», una persona sin cultura, que sin saber muy bien cómo, escribía como los án-

⁵ A este respecto, Ricardo Senabre apuntaba atinadamente cómo buena parte de las «estrategias» teresianas estarían condicionadas por el «influjo que un público puede ejercer en la obra literaria [...], en vista de las circunstancias amenazadoras con que la escritora se enfrenta. Con sus cautelas y enmascaramientos, santa Teresa se convierte en un personaje creado por ella misma» (1987, 51). Al fin y al cabo, toda lectura, incluida la que se lleva a cabo sobre la propia vida, es una interpretación. Para una visión sistemática de dichas estrategias, cf. Marcos (2001).

geles. Y así, todo su saber sería obra del Espíritu Santo o de Dios nuestro Señor, como podemos certificar en uno de los muchos testimonios de los *Procesos* (dicho de don Antonio Álvarez de Toledo, duque de Alba): «... y que por ellos (sus libros) se echa de ver haberlos escrito con el auxilio de Nuestro Señor, porque era imposible mujer escribir los dichos libros por tan subido y alto estilo como están escritos sin particular favor y auxilio de Dios Nuestro Señor, y esto es público y notorio» (Silverio de Santa Teresa 1934, 262-263).

Ciertamente, como ya hemos apuntado, la cultura de Teresa no provino del claustro universitario. Teresa, por ser mujer, no pudo obtener ningún título en dicho templo de la sabiduría. Pero su ciencia emana de otros templos no menos autorizados. Y porque nadie a estas alturas piensa que las aulas de la universidad tengan que ser, sin más, criterio de autoridad. Pero es que ni Cervantes, ni Shakespeare, ni Borges pasaron por la universidad. Y tampoco Teresa, por su puesto.

Lo que sí fue Teresa es una lectora voraz: «Si no tenía libro nuevo, no tenía contento» (V 2,1). Curiosamente, una vez más, lo mismo que afirma Cervantes implícitamente de sí mismo, por boca de don Quijote: «Como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de la calle» (*Quijote*, I, cap. 9). Entre la larga lista de autores y obras que Teresa leyó recordemos solo algunos más significativos (Álvarez 2006): *Flos sanctorum*, libros de caballerías, san Jerónimo, san Gregorio Magno, san Agustín, Osuna, Laredo, Alcántara, Ludolfo de Sajonia, etc.

Lo cierto es que Teresa se vio atrapada por una auténtica pasión por la lectura y por los libros. Pero sobre todo (y como Cervantes), vivió siempre en contacto con la realidad. No tuvo nunca, por supuesto, la ingente cultura de un fray Luis de León, su primer editor. Pero por la profundidad de los problemas que plantea, y por la forma del estilo con que los aborda, su obra entera vale tanto (¡y más!) que la de muchos doctos letrados o que la de tantos otros sabios escritos del pasado que ahora duermen en el baúl de los recuerdos muertos.

Sus escritos, los de Teresa, están salpicados de continuas preocupaciones por la cultura y las letras. No teniendo el más mínimo respeto ni reparo frente a los que ella llama medio-letrados, a los que critica abiertamente. Y pidiendo para sus confesores y los de sus monjas, tres cualidades que ella siempre alabaré: «entendimiento», «experiencia» y «letras» [cultura]. Muy en la línea de Cervantes, quien afirmaba que «letras sin virtud son perlas en muladar» (*Quijote*, II, cap.16):

Así que importa mucho ser el maestro avisado -digo de buen entendimiento- y que tenga experiencia; si con esto tiene letras, es grandísimo negocio; mas, si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más, porque letrados pueden procurar para comunicarse con ellos cuando tuvieren necesidad. Digo que a los principios, si no tienen oración, aprovechan poco letras. No digo que no traten con letrados [=teólogos], porque espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración, y es gran cosa letras, porque estas nos enseñan a los que poco sabemos y nos dan luz, y llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos. *De devociones a bobas nos libre Dios* (V 13,16).

Y no solo le preocupó la buena formación de los confesores, sino también la de sus monjas, para las que siempre pidió (¡en aquella época!) una formación seria y una nutrida cultura espiritual. Para que sobresalieran frente a una espiritualidad superficial y epidérmica, sin profundidad alguna, basada en «devociones a bobas», como acabamos de indicar. De nuevo, muy en la onda de Cervantes, que llegó a escribir (poniéndolo en labios de don Quijote), «que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo» (*Quijote*, II, cap. 16). Es decir, dentro de lo que, en la órbita teresiana, sería una literatura piadosa que a la larga resulta indigerible, por carecer de sustancia.

2. ESTILO LITERARIO Y DE VIDA

Vida y escritura son inseparables en Teresa. Hasta el punto de que se puede afirmar que la suya es una escritura encarnada. Y su vida, es una vida hecha palabras. Sus palabras brotan siempre de la vida. Su estilo literario⁶ tiene algo de singular y único: fray Luis de León lo calificó atinadamente de «elegancia desafeitada». Es decir, sin afeites, sin cosmética. Es esa «naturalidad» la que hoy sigue cautivándonos «en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleyta en extremo, dudo yo que aya en nuestra lengua escritura que con ellas se yguale» (Luis de León 1588, 8).

Esa «elegancia desafeitada»⁷ no es solo la mejor definición del lenguaje de la Santa. Lo es también de su vida, y de su espiritualidad y de su experiencia mística. En Teresa todo es de tal elegancia y naturalidad, que no ha perdido su primitivo encanto, a pesar del paso de los siglos. Una vez más, hablando Sancho de sí mismo dice que él es «natural, y nunca artificioso» (*Quijote* II, cap. 8). Pues bien, lo mismo vale para la vida y estilo de Teresa: *naturalidad, transparencia, llaneza, claridad...*, son algunas de las palabras que aderezan no solo el lenguaje, sino también la vida real y cotidiana de esta mujer.

Y es que incluso cuando se sale del guion (¡quizás sobre todo entonces!) Teresa sigue prendiendo al lector. Ella es siempre consciente de sus digresiones, o sus dilaciones descriptivas, o la falta de cohesión de su discurso. Tempranamente se percató fray Luis de León de este aspecto de la escritura teresiana, que curiosamente no solo no censura, sino que lo califica como el *lunar del refrán*:

Que aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo, comenzando muchas veces con cosas que inxiere, mas inxiérelas tan diestramente y haze con tan buena gracia la mezcla, que

⁶ Sobre el estilo literario de Teresa, sigue siendo una obra de referencia, el estudio de García de la Concha (1978).

⁷ Repárese en la plástica definición que S. de Covarrubias nos ofrece del término «afeite»: «El aderezo que se pone a alguna cosa para que parezca bien, y particularmente el que las mugeres se ponen en la cara, [...] desmintiendo a la naturaleza y, queriendo salir con lo imposible, se pretenden mudar el pellejo. [...] Púdose decir afeite o afeitar, del verbo *affectar*, por el mucho cuidado que se pone en querer parecer bien, o de la palabra portuguesa *feito*, porque no es natural sino hecho y contrahecho, o de *ficto* por ser color fingido».

esse mismo vicio le acarrea hermosura, y es el lunar del refrán (Luis de León 1588, 12).

Y lo que vale para el lenguaje, vale para vida y la experiencia mística. Un fiel reflejo de esto es la anécdota que conservamos de las Descalzas Reales de Madrid, de cuando Teresa estuvo por allí. Donde se mostraría como una mujer de una enorme «llaneza».⁸ De tal manera que la abadesa, sor Juana Inés de la Cruz, dejaría constancia de esto en sus crónicas: «Bendito sea Dios, que nos ha dejado ver una Santa a quien todas podemos imitar, que come, duerme y habla como nosotras y anda sin ceremonias» (Efrén 1996, 425). La «elegancia desafeitada», el «lunar del refrán», «andar sin ceremonias»: todo eso fue la vida y el lenguaje de Teresa Sánchez.

Teresa habla una y otra vez en sus obras de «salirse de propósito», o romper el hilo del discurso con «intervalos» o digresiones, como ocurre en la vida misma. En todo caso, para ella, tales rupturas, siempre vienen a cuento y están justificadas:

Porque después declararé esta manera de entender, con otras cosas, no lo digo aquí, que es salir del propósito y creo hartó he salido. Casi no sé lo que me he dicho. No puede ser menos, mi hijo, sino que ha vuestra merced de sufrir estos intervalos; porque cuando veo lo que Dios me ha sufrido y me veo en este estado, no es mucho pierda el tino de lo que digo y he de decir. Plega al Señor que siempre sean esos mis desatinos ... (V 19,10)

Ese salirse de los caminos trillados, metiéndose por curvas y transversales, hace que su relato no transcurra por línea recta. Lo que complica a veces la vida del lector, acrecentando las dificultades para seguir el hilo del discurso. Y con todo, este es también otro de sus encantos. Pues de esta manera el discurso fluye sin afectación alguna. Esa que condenaba sin paliativos Juan de Valdés (2002, 153) en la primera mitad del siglo XVI y más tarde Cervantes ya adentrado el siglo XVII. Covarrubias definía la «afectación» en los siguientes términos: «El cuidado extraordinario y demasiada diligencia que uno tiene, o en palabras o en atavío o en cualquier otra cosa» (Covarrubias, s. v. afectar).

Las palabras que siguen, de Aurora Egido, sintetiza magistralmente algunas de las peculiaridades más espectaculares del estilo teresiano:

Ese estilo suelto, que recogía la tradición del «escribo como hablo» de Valdés, pero llevada a sus últimas consecuencias y que es lo que se ha dado en llamar «desbordamiento» de la palabra interior, está en esa obra [...] El hecho, además, de ser mujer y de no ser letrada, se convierte para ella en una liberación. Siempre está parapetándose en que es inculta [...]. Su ventaja es que, haciéndose la tonta y la inculta, lo amaña todo a su manera, lo lleva a su propio terreno y hace que la prosa destile formulaciones nuevas, discurriendo con rupturas de la sintaxis que no estaban permitidas y rompiendo las reglas de la retórica. Después de ella, solo Cervantes es capaz de hablar en ese estilo abierto y suelto, ese estilo de apertura que no se somete a las reglas (Egido 2014).

⁸ «Vale también sinceridad y dulzura en el trato, sin ceremonia ni cumplimiento» (*Diccionario de autoridades*, s. v. llaneza).

Y es que Teresa de Jesús es el mejor exponente de la «estética del desdén» (Jiménez 1990) o del descuido intencionado. Donde además la oralidad o presencia de lo hablado en lo formal escrito, es como la atmósfera o el perfume que emana de cada página por ella escrita. En ocasiones de manera explícita y directa, como si el imaginario lector fuera un oidor que está presente en la celda mientras ella, la autora, se entrega apasionadamente a la tarea (¡todo un placer!) de escribir y escribir: «Así que no penséis los que sois enemigos de contemplativos que estáis libres de serlo si las oraciones vocales rezáis como se han de rezar, teniendo limpia conciencia; *así que todavía lo habré de decir*. Quien no lo quisiera *oír* [nótese, no escribe “leer”, que sería lo esperado], *pase adelante*» (CE 52,4).

Otro punto tangente de Teresa con Cervantes es el de su labor como poetisa. El ambiente devocional carmelitano está en el fondo y el trasfondo de la mayoría de sus poemas. Pero Teresa, que goza de un asombroso poder introspectivo en su prosa, no posee las mismas dotes cuando toma la pluma para escribir en verso. Respecto a la inspiración y dotes personales de la Santa, recordemos el siguiente texto de *Vida*, donde aparece una valoración poco positiva de sí misma —«con no ser poeta»—, por lo demás, no muy equivocada:

¡Oh, válgame Dios, cuál está un alma cuando está así! Toda ella querría fuesen lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene así. *Yo sé persona que, ‘con no ser poeta’* [y Teresa se refiere aquí a ella misma], que le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien, no hechas de su entendimiento; sino que, para más gozar la gloria que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella a su Dios (V 16,4).

Y esa «persona» es, como hemos dicho, ella misma. Una mujer que sabe contar y narrar cosas como casi nadie en lengua española, pero que nunca fue una gran poetisa, a pesar de escribir poemas con una notable gracia y desenvoltura. A santa Teresa se le podrían aplicar aquellos versos de Cervantes, con la salvedad de que este no fue mal poeta en absoluto (García López 2015, 232), y que nuestro afamado novelista se aplicó a sí mismo en *Viaje al Parnaso*:

Yo, que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo (Cervantes 1999, 1187).

3. EL PROCESO CREADOR: VIDA Y LENGUAJE EN RECIRCULACIÓN

En la biografía intelectual de Teresa como escritora, y además como escritora profesional, uno de los ingredientes más sabrosos está en íntima conexión con el carácter inefable del lenguaje místico. Nos referimos, concretamente, al encanto y desenfado con que Teresa hace partícipe al lector del «proceso creador». Leyendo a Teresa uno tiene la sensación de que dicho proceso, propiamente de metalenguaje, es la otra cara de una vida mística y espiritual que siempre está «in fieri», como haciéndose. Vida y lenguaje aparecen como entretejidos, creciendo el uno (el lenguaje) al mismo ritmo que crece la otra (la vida).

Sin duda alguna, uno de los aspectos más atractivos de la obra teresiana son esas continuas preocupaciones por la labor creadora, de tal manera que el proceso de la escritura termina por integrarse como un elemento temático más de toda su obra. Solo los seres humanos hablan *sobre su hablar*. Es así como el discurso deviene no solo instrumento de comunicación, sino también objeto de reflexión. La falta de lenguaje, el esfuerzo por darse a entender o la satisfacción ante lo bien dicho, son aspectos que salpican todas las obras escritas por santa Teresa.

La penuria de palabras, en el discurso místico, surge ante el desajuste que se da entre la condensación sintética de las «vivencias» y su expresión «analítica». Santa Teresa no siempre comprendió sus experiencias místicas, y cuando las comprendió no siempre supo comunicarlas: «Y era el trabajo que yo no sabía poco ni mucho decir lo que era mi oración; porque esta merced de saber entender qué es, y saberlo decir, ha poco que me lo dio el Señor» (V 23,11). A veces el lenguaje, el saber expresar y comunicar lo que se ha vivido, viene después de la *vividura*. Cuando aflora, se vuelve sobre dicha experiencia para resituirla, discernirla y purificarla. De tal manera que la vida decide el lenguaje, y el lenguaje purifica la vida.

«Saber figurar» o «dar a entender» son expresiones que se reiteran una y otra vez en los escritos de la Santa, para hacer así partícipe al lector de sus obsesiones comunicativas o metacomunicativas. Interpoladas, entreveradas y salpicadas a lo largo del discurso, se multiplican las más variadas secuencias de este tipo, guiadas por un explícito interés y afán expresivo: «Pues querría dar a entender esto» (V 14,7); «Quiérome declarar más, que creo me meto en muchas cosas. Siempre tuve esta falta de no me saber dar a entender —como he dicho— si no es a costa de muchas palabras» (V 13,17). El proceso de la escritura y de la vida aparecen así en admirable urdimbre. *Striptease* del alma y del lenguaje van de la mano.

Exclamaciones dirigidas al mismo Dios (con cambio continuo de interlocutor, otra de las constantes del discurso teresiano) nos descubren las cuitas expresivas de la Santa, sus confesados anhelos por trasladar a la palabra escrita, lo que siente y lo que pasa por su alma: «¡Oh Dios mío, quién tuviera *entendimiento y letras y nuevas palabras* para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma!» (V 25,17). He aquí el verdadero anhelo del místico: «nuevas palabras» para transmitir nuevas experiencias. Y es que, en buena medida, la labor del místico es la de la búsqueda apasionada de las palabras que no se encuentran. Pero que sí se sienten en lo profundo del ser y se tocan con la punta de la lengua.

Y cuando en el proceso creador nuestra narradora reaviva viejos trances o experiencias espirituales pasadas para ponerlas por escrito, aparece un fenómeno similar al del «éx-tasis» místico. Es la vertiente «extática» del acto creador, con la inconsciencia, arrebató y posesión, como notas definitorias: «¡Ay, que no sé qué me digo, que casi sin hablar yo escribo ya estól; porque me hallo turbada y *algo fuera de mí*, como he tornado a traer a mi memoria estas cosas» (V 38,22). Éxtasis creador que, en santa Teresa, se confunde con el éxtasis místico, acaso fuente y origen del primero.

Al adentrarse Teresa en la descripción del cuarto grado de oración (recuérdese su famosa alegoría del huerto), las dificultades expresivas alcanzan un grado de frecuencia in-

audito. No hay más que recorrer detenidamente los primeros párrafos del capítulo dieciocho de *Vida* para percatarse de ello. Todo comienza con la invocación a la divinidad como auxilio y fuente de inspiración (Porqueras Mayo 1957):

El Señor me enseñe palabras cómo se pueda decir algo de la cuarta agua. [...] Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza. Entiéndese que se goza un bien, adonde junto se encierran todos los bienes; mas no se comprende este bien. [...] Acá el alma goza más sin comparación, y puédesse dar a entender muy menos [...] El cómo es esta que llaman unión y lo que es, yo no lo sé dar a entender. [...] Esto vuestras mercedes lo entenderán —que yo no lo sé más decir— con sus letras. [...] Cierto, a mí me acaba el entendimiento, y cuando llego a pensar en esto, no puedo ir adelante. [...] Con decir disparates me remedio algunas veces (V 18,1-3).

Las no veladas deficiencias del lenguaje, confiando una y otra vez sus dudas y dificultades al lector, o lamentándose de sus escasas letras, son un testigo más de la transparencia de vida de esta mujer tan inolvidablemente verdadera. Sin trastienda en el lenguaje y sin trastienda en la vida. Y lo mismo ocurre con sus candorosas complacencias ante lo bien dicho. Sus reflexiones sobre el imprevisible proceso creador (inseparables del proceso espiritual y místico), de cuyos altibajos va haciendo partícipe al lector, constituyen «una riquísima e insólita novedad en la historia de la literatura española» (Martín Gaité 1992, 63).

4. EL DIÁLOGO ENTRE LAS PALABRAS Y LAS COSAS

Teresa juega una y otra vez a darse a sí misma la palabra desde la clara conciencia de la autoridad de su experiencia. Y desde esa autoridad afirma escribir con libertad (cf. V 10,8). La apelación a que escribe por obediencia no pasa de ser un tópico literario, necesario en aquel entonces ante todo por ser mujer. Los acontecimientos y las experiencias espirituales y cotidianas que van salpicando su vida le sirven para reinventarse, para redimensionar su propia existencia. Dichas experiencias vividas son la fuente de la que mana la verdad y el poder de su lenguaje (Marcos 2019).

Como ocurre con todos los clásicos, a santa Teresa hay que leerla muchas veces: con los grandes libros y autores se disfruta sobre todo en las relecturas. Además, santa Teresa (como el autor del *Quijote*) representa una nueva estética, y también una nueva forma de escribir, donde ya no se está tan atento a lo que hicieron griegos y romanos, ni a los viejos lenguajes de la escolástica y de la teología especulativa, sino al «mundo vivido». En este sentido se puede afirmar que Teresa trasciende sus propias fuentes literarias, para abrirnos a lo que realmente le preocupa: el diálogo entre lenguaje y vida, entre *Verba* y *Res*, entre lo dicho y lo experimentado. Quizás aquí radique la fuerza y la vigencia de lo escrito por Teresa: en ese diálogo tan cervantino y tan moderno entre las palabras y las cosas.

Frente a una teología de escuela desconectada de la vida, frente a unos latinajos incomprensibles, y frente a tantas indagaciones inútiles de viejos discursos teológicos⁹,

⁹ Ténganse en cuenta, al respecto, las palabras de Erasmo (discurso 53 del *Elogio de la locura*), compartidas por muchos: «Es más fácil salir del Laberinto que de la confusión de realistas, nominalistas,

la alternativa de Teresa será la valoración de la experiencia biográfica, más allá de la mera cultura libresca. Eso sí, siempre sin dejar de tener una especial devoción por la cultura y los letrados que decía ella, o sea, teólogos. A este respecto resulta refrescante la frescura que se desprende de la carta dirigida a la carmelita María de San José, priora de Sevilla, muy culta ella. Teresa reconoce con toda franqueza que no sabe nada de los «asirios», que la priora de Sevilla citaba en su carta: «Bueno es eso de Elías; mas como no soy tan letrada como ella, no sé qué son los asirios» (28 de marzo de 1578), escribe con todo el desparpajo del mundo y con toda naturalidad.

Las palabras de los libros no pueden tener más autoridad ni ser consideradas más esenciales o verdaderas que la experiencia cotidiana de la vida real. Las viejas palabras y las teorías pensadas de la así llamada teología sentada, se ven ahora trascendidas y rebasadas, por las experiencias vividas de una teología biográfica y arrodillada: «Esto visto por experiencia [escribe Teresa, y añade con no poca ironía], que es otro negocio que solo pensarlo» (C 6,3).

En este sentido, Teresa dará preeminencia a la densidad de lo real, a lo cotidianamente vivido. A la percepción sensible, sí, pero también a la suprasensible de la fe. La fe tiene el poder de llegar allí donde la percepción sensible ya no alcanza. Ambas confluyen en su famoso éxtasis, inmortalizado por Bernini (Farmer 2013). En este sentido, la mística de Teresa es, ante todo, la aventura de la percepción sensible. Es la noble aventura de lo corporal. Pues al fin y al cabo, el cristianismo es ante todo la religión del cuerpo. Mucho más que del alma. Religión del cuerpo desde la creación a la resurrección y pasando por la encarnación (Gesché 2005).

Un ejemplo admirable del diálogo entre las palabras y las cosas (lenguaje y vida), es el inteligente uso que Teresa hace de la ironía (omnipresente también en Cervantes). Leyendo a Teresa, mujer siempre alegre, sentimos que su voz es más auténtica que la de muchos contemporáneos nuestros (y suyos). La ironía se lleva bien con el carácter alegre que adorna su personalidad. Se ríe de la sociedad de su tiempo (la inquisición incluida), de sí misma, y de sus primeras lectoras, sus compañeras carmelitas, a las que les echa en cara su escasa devoción ante cualquier dolorcillo de cabeza:

Y no nos ha venido la imaginación de que nos duele la cabeza, cuando dejamos de ir al coro, (¡que tampoco nos mata!), un día porque nos dolió, y otro porque nos ha dolido, y otros tres porque no nos duela (CE 15,4)

Un ejemplo paradigmático de ironía es la relación con el arzobispo de Burgos, durante la fundación en aquella ciudad. Dicho obispo no hizo más que ponerle trabas y dificultades a Teresa. De él escribía esta: «Siempre decía que deseaba esta fundación más que nadie, y créolo, porque es tan buen cristiano, que no diría sino verdad. [Para añadir irónicamente] En las obras no se parecía» (F 31,31). Es decir, que el señor arzobispo decía una cosa y hacía la contraria. Y

tomistas, albertistas, occamistas, escotistas, y aún no se han nombrado sino unas cuantas sectas, solo las principales. En todas ellas es tan profunda la doctrina y tanta la dificultad, que tengo para mí, que los Apóstoles precisarían una nueva venida del Espíritu Santo si tuvieran que habérselas con estos teólogos de hoy» (Egido 1984, 29-30).

Teresa lo pone de relieve de manera explícita. Todo el capítulo sobre dicha fundación está plagado de ironías (Marcos 2012).

Lo que desde luego no podemos hacer es tomar nota en forma literal de las afirmaciones de esta maestra de la ironía —y encima creérmolas—, tal como hizo el teresianismo de otros tiempos, cayendo en la más vulgar de las inocentadas. Los ejemplos al respecto son interminables. Recordemos solamente uno como botón de muestra: en 1970 se preguntaba el poeta y crítico literario Gerardo Diego por qué Teresa utilizada tales y cuáles fórmulas de modestia («yo, que soy pecadora y ruin», «mujer y ruin», etc.). Y concluía afirmando que lo hace «de puro humilde» (Diego 1970). ¡Qué poco comprendió don Gerardo a la Santa de Ávila!

5. LA PERVIVENCIA DE TERESA

La «relevancia» de un discurso humano está conectada con sus implicaciones existenciales. Con la claridad y la credibilidad de dicho discurso (Sperber y Wilson 1994). Y todo esto está presente en Teresa, que siempre parece preocupada por contar lo relevante y lo significativo, lo que hace al caso y lo que viene a cuento; que apela una vez y otra también a la experiencia, al espesor de la vida; que utiliza un lenguaje casi conversacional; y que reitera cansinamente sus preocupaciones por las palabras, con continuas reflexiones en torno al proceso creador, por una parte, y con su afán por ser comprendida, por otra. Todos estos aspectos ponen de manifiesto la pervivencia y modernidad del lenguaje y la experiencia mística de la Santa.

Teresa no escribe su experiencia mística, sino que la «dice», la «cuenta», en una suerte de escritura casi cogida al dictado. Su saber reside en el sentido común. En la satez del sentido común. Se trata además de una prosa casi doméstica y conventual, de la vida cotidiana. El resultado es una escritura basada en la experiencia, amena y llana. Todo lo cual está además conectado con su peculiar forma de informarse e instruirse.

Porque santa Teresa no leía nunca al modo de los eruditos o letrados de su época. Su lectura era siempre selectiva, guiada por preocupaciones e intereses personales, reteniendo solo aquello que consideraba relevante para su personal camino espiritual. Lo que retenía, no lo hacía nunca en la versión del autor, sino en su peculiar e interesada reformulación personal, sirviéndole de trampolín para crear un mundo literario y un sistema místico propios y nuevos (Rico 1991, 128). Es así como escritura, vida cotidiana y experiencia mística se encuentran en Teresa entretreídas, en feliz recirculación transitiva.

A este respecto, siempre será más rentable para bucear en el sentido de la vida, tener un conocimiento mediocre de los escritos de Teresa, que leer cien obras de espiritualidad mediocres (y lo mismo ocurre con cualquier autor clásico). Fue Aristóteles el que dijo que prefería el conocimiento, por imperfecto que este sea, de un objeto que merezca la pena ser pensado y conocido, a saberlo todo sobre un objeto o tema insignificante e irrelevante (Gesché 2003, 9). Con cierta ironía apunta Cervantes en la misma dirección, cuando don Quijote le responde a su compañero de fatigas: «Más has dicho, Sancho, de lo que sabes; que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que, después de sabidas

y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria» (*Quijote*, II, cap. 22).

Pues bien, la extraordinaria influencia de Teresa de Jesús viene, no solo de la relevancia existencial de su mensaje, sino también del poder de sus palabras. De la construcción de un estilo literario de base experiencial, no exento de ciertos ribetes irónicos. Es posible que su estilo sea la clave fundamental de su pervivencia hoy entre nosotros. No solo porque (casi) «escribe como habla», sino ante todo porque escribe como vive. Su estilo literario libre y suelto, que no se sujeta a las normas, es el mejor reflejo y espejo de su vida, de su aventura fundacional y de su experiencia mística.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, Tomás. 2006. *Cultura de mujer en el siglo XVI: el caso de Santa Teresa*. Burgos: Monte Carmelo.
- Barrera, Begoña. 2015. *María Laffitte. Una biografía intelectual*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Borghesi, Massimo. 2018. *Jorge Mario Bergoglio. Una biografía intelectual*. Madrid: Encuentro.
- Canavaggio, Jean. 1992. *Cervantes, en busca del perfil perdido*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Cervantes, Miguel de. 1998. *Don Quijote de la Mancha*. Edición dirigida por Francisco Rico. Barcelona: Crítica.
- Cervantes, Miguel de. 1999. *Viaje al Parnaso*. En *Obras completas*. Madrid: Castalia.
- Covarrubias, Sebastián de. 1995. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid: Castalia.
- Diccionario de autoridades*. 1990. Madrid: Gredos.
- Diego, Gerardo. 1970. «Santa Teresa, escritora». *La Estafeta Literaria*, 453-454, 4-7.
- Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink. 1996. *Tiempo y vida de Santa Teresa*. Madrid: BAC.
- Egido, Aurora. 2014. «La desmemoria, la amnesia, es lo peor que puede acontecer en un pueblo». *Revista Turia*, 111. <http://bit.ly/3choCzi>.
- Egido, Teófan. 1981. «El tratamiento historiográfico de Santa Teresa. Inercias y revisiones». *Revista de Espiritualidad*, 40: 171-189.
- Egido, Teófan. 1984. «Personalidad histórica de Martín Lutero». En *Martín Lutero (1483-1983). Jornadas Hispano-alemanas sobre la personalidad y la obra de Martín Lutero en el V Centenario de su nacimiento*, 19-36. Salamanca: UPS.
- Farmer, Julia. 2013. «“You Need But Go To Rome”: Teresa of Avila and The Text/Image Power Play». *Women’s Studies*, 42 (4): 390-407. <https://doi.org/10.1080/00497878.2013.772865>
- García de la Concha, Víctor. 1978. *El arte literario de Santa Teresa*. Barcelona: Ariel.
- García López, Jorge. 2015. *Cervantes: la figura en el tapiz. Itinerario personal y vivencia intelectual*. Barcelona: Pasado & Presente.
- Gesché, Adolphe. 2003. *Le mal et la lumière*. Paris: Cerf.
- Gesché, Adolphe. 2005. «L’invention chrétienne du corps». En *Le corps, chemin de Dieu*, dirigido por Adolphe Gesché y Paul Scolas, 33-75. Paris: Cerf.
- Jiménez Lozano, José. 1990. «Una estética del desdén». En *La espiritualidad española del siglo XVI. Aspectos literarios y lingüísticos*. Salamanca: Universidad.
- León, Luis de. 1588. «A las madres priora Ana de lesvs y religiosas carmelitas descalças del monasterio de Madrid». En *Los libros de la Madre Teresa de lesvs fundadora de los monesterios de monjas y frayles Carmelitas descalços de la primera regla*, 1-24. Salamanca: Guillermo Foquel.
- Marcos, Juan Antonio. 2001. *Mística y subversiva: Teresa de Jesús (Las estrategias retóricas del discurso místico)*. Madrid: Editorial de Espiritualidad.
- Marcos, Juan Antonio. 2012. «El arte de narrar en las Fundaciones de Teresa de Jesús. Vivir para contarlo». *Revista de Espiritualidad*, 71: 449-474.
- Marcos, Juan Antonio. 2019. «Teresa de Jesús: “The Power of Words”». En *Santa Teresa. Critical Insights, Filiations, Responses*, 71-86. Tübingen: Narr.
- Márquez Villanueva, Francisco. 1983. «La vocación literaria de Santa Teresa». *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 32: 355-74. <https://doi.org/10.24201/nrfh.v32i2.556>
- Martín Gaité, Carmen. 1992. *Desde la ventana. Enfoque femenino de la literatura española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Porqueras Mayo, Alberto. 1957. *El prólogo como género literario. Su estudio en el Siglo de Oro español*. Madrid: CSIC.
- Rico, Francisco. 1991. «Éxito y fracaso de Santa Teresa». En *Breve biblioteca de autores españoles*. Barcelona: Seix Barral.
- Rossi, Rosa. 2000. *Tras las huellas de Cervantes. Perfil inédito del autor del Quijote*. Madrid: Trotta.
- Senabre, Ricardo. 1987. «La autobiografía como coartada». En *Literatura y público*, 47-51. Madrid: Paraninfo.
- Silverio de Santa Teresa. 1934. *Procesos de beatificación y canonización de Santa Teresa de Jesús*, 3 tomos. Burgos: Monte Carmelo.
- Sperber, Dan y Deirdre Wilson. 1994. *La relevancia. Comunicación y procesos cognitivos*. Madrid: Visor.
- Teresa de Jesús, Santa. 2016. *Obras completas*. Madrid: Editorial de Espiritualidad.
- Valdés, Juan de. 2002. *Diálogo de la lengua*. Barcelona: Océano.
- Valero, Aurelia. 2017. *José Gaos en México. Una biografía intelectual*. México: Universidad Autónoma de México.

